

## ¿Qué hacer con el integrismo?

SIN LUGAR A DUDAS, el integrismo será, en este fin de siglo, el problema más importante de los países musulmanes, y en especial de los de la orilla sur del Mediterráneo. El futuro de éstos dependerá de la manera en como aquél sea tratado. Todas las sociedades asisten hoy a un despertar religioso que obedece a una necesidad irreprimible de señas de identidad en un mundo cada vez más desencarnado por la racionalidad instrumental, en el que las relaciones entre los hombres son simples relaciones entre las cosas y en el que el fetichismo del consumo no llena el vacío creado por la desaparición de las utopías laicas. Pero ese despertar es mucho

más poderoso en las sociedades árabo-musulmanas, pues se conjuga con una crisis global: fracaso del nacionalismo árabe (que, no lo olvidemos, se elaboró *contra* una potencia musulmana, Turquía), fracaso de los despotismos burocráticos llamados "socialistas", inserción en el actual sistema económico mundial, desastres sociales provocados por un liberalismo desenfrenado...

En su versión islámica, dos orientaciones se enfrentan en esta vuelta de lo religioso: la de un islam "moderno", oficial, basado en un clero dependiente del Estado, y la del integrismo. El islam oficial comparte el descrédito con los poderes autoritarios: ¿no se han

I TRIMESTRE 1995

servido éstos de él para legitimar sistemas sociales que fomentan profundas desigualdades y poderes sistemáticamente corruptos? El integrismo es portador de un poderoso conservadurismo cultural, es una especie de escudo contra los efectos destructores de la modernización. Su negación paroxística de esta nueva realidad encarna en realidad un miedo verbal al futuro. De ahí su resentimiento frente al presente, su nostalgia de un pasado idealizado y su sueño de un retorno a una época mítica pura: la de los cuatro primeros califas del islam; de ahí también la terrible necesidad de dogma y de fusión comunitaria que postula como para expulsar de la realidad a ese individuo autónomo laicizado que se dibujó a merced de la modernización del mundo árabe musulmán.

Entre estas dos versiones del islam se dan una profunda comunidad de proyecto y un tajante enfrentamiento: ambas hacen de la referencia islámica un absoluto identitario en el que se entremezclan nacionalidad, cultura y confesión, pero difieren en cuanto a la relación entre religión y Estado. El islam oficial no admite una separación entre Estado y religión, pero acepta la adaptación del derecho religioso al mundo moderno; el integrismo, por su parte, quiere someter ese mundo a una concepción totalitaria del derecho religioso, denominado *sharia*. No hay, pues, divergencia en cuanto a la referencia religiosa como base de la identidad del

Estado, sino diferencia sobre el papel de la religión: para el islam oficial, el Estado musulmán manda sobre la religión islámica; para los integristas, la religión islámica manda sobre el Estado musulmán.

Pero esta divergencia no ha sido jamás tratada franca y claramente por el Estado árabe-musulmán. Este pretende ser islámico, pero a la vez se considera secular: en los hechos practica una especie de galicismo vergonzante que prácticamente somete al clero al poder político y le reconoce la capacidad de intervenir en las esferas del derecho y la cultura. Esta situación —que se da, más o menos acentuada, en todos los países— presenta una debilidad estructural: toda deslegitimación del Estado lleva consigo la deslegitimación *ipso facto* del islam oficial. Y éste es uno de los aspectos más importantes de la actual crisis del Estado árabe-musulmán. Enfrentado al proceso de mundialización de la economía, que implica la liberalización de los mercados, la convertibilidad de las monedas, la reducción de los déficit presupuestarios y conlleva desastrosas consecuencias sociales (fin de las subvenciones a los productos básicos, disminución de los servicios sociales y educativos, desestructuración del sector público de la economía, despidos masivos...), este Estado es doblemente deficitario: cultural y socialmente. ¿Cómo puede, por tanto, hacer frente al cuestionamiento tajante, y a menudo

sangrante, del integrismo?

En la actualidad hay tres modelos de contestación integrista: el jordano, el egipcio y el marroquí. El modelo jordano, al institucionalizar la militancia integrista, la obliga a insertarse en el juego parlamentario y a elaborar proyectos políticos compatibles con el principio de gobernabilidad dominante (la monarquía); el resultado es hasta el momento elocuente: en dos legislaturas, los integristas jordanos han perdido mucho terreno y parece que todavía tendrán que esperar mucho tiempo a la puerta del poder.

El modelo egipcio tiende, por el contrario, a expulsar de la esfera política a los integristas más radicales y a integrar institucionalmente a los más modernos —ése es el papel de El Azhar— aunque sin permitirles acceder a puestos claves de responsabilidad, y a permitir, aunque bajo vigilancia, a las élites laicas llevar el debate cultural. Este modelo implica una situación de crisis permanente que no reduce el infernal ciclo terrorismo-represión y presupone un régimen político unido en lo esencial.

El modelo marroquí, más maquiavélico, consiste en oponer al integrismo una suerte de fundamentalismo de Estado que hace prácticamente realidad la mayoría de las exigencias integristas, pero deja al monarca como único juez de la extensión de la ley religiosa al terreno político. El integrismo no puede dar ninguna lección teológica al rey. Pero este modelo

no está al abrigo de la exacerbación de las contradicciones sociales, y, además, corre el riesgo de sufrir los problemas que sin duda se plantearán a la hora de la sucesión del rey.

El caso de Argelia es ejemplar porque en ese país no se ha podido poner en práctica ninguna de las soluciones arriba mencionadas. A pesar de sus diferencias, esos tres modelos tienen en común el apoyarse en élites y grupos dirigentes relativamente estables, y en Argelia el integrismo emergió a la vez que se desintegraban los grupos dirigentes. En realidad, Argelia se parece sobre todo a Sudán. Pero las negociaciones actualmente en curso tendrán repercusiones decisivas para todos los países musulmanes, pues los integristas argelinos no podían vencer a unos militares férreamente amarrados al poder (y a sus privilegiados), podían, aterrorizando a la sociedad, llevarles a negociar. Es una primera gran batalla que hará reflexionar a los integristas de otros países.

Por su parte, los militares argelinos parecen dudar entre dos vías: la primera podría ser definida como la de un reparto del poder entre la espada y la media luna. En esa hipótesis, los militares aceptarían entregar paneles enteros de la sociedad a los integristas a cambio de que éstos no se metan en ciertas zonas (¿defensa y gestión de la renta energética?). Esta vía, cómoda en un primer momento para los militares porque no les obliga a jugar del todo el juego

democrático, es, sin embargo, muy peligrosa a largo plazo porque, como en Sudán, hará inevitable la islamización progresiva del aparato del Estado; el Ejército no escapará a ese trabajo de erosión ideológica, y la opresión de las capas bajas de la sociedad por los islamistas llevará consigo inexorablemente la asfixia de la cúpula del Estado.

A esto se añadirá probablemente la posibilidad de una explosión interétnica provocada por la política lingüística autoritaria del poder y, en su envés, por la propaganda irresponsable de ciertos movimientos culturalistas. El resultado a largo plazo será el del peligro de la guerra civil, a imagen precisamente de Sudán, que explota por todos sus costados bajo la presión de conflictos confesionales, lingüísticos y étnicos. Esta vía parece convenir a los integristas, y es en este sentido como hay que leer la declaración del dirigente islamista tunecino Rached Ghanouchi, según el cual “en todo caso habrá un poder islámico en Argelia” (*Le Monde*, 20 de septiembre de 1994). Léase: por la fuerza o por el compromiso.

La segunda vía a la que los militares argelinos podrían recurrir es la de una *institucionalización conflictiva* del integrismo. De hecho, es la única manera de resolver el problema al que está enfrentado el sistema político argelino: respetar las reglas de la democracia permitiendo manifestarse a la sensibilidad integrista, pero creando las condiciones para

un total enfrentamiento público contra ella. El movimiento integrista argelino se apoya en la conjunción de tres factores: la crisis social y la descomposición del sistema político; la ambigüedad del papel del Estado al utilizar la religión (pues, antes de los integristas, hizo de la religión de Estado un instrumento de dominación política); y la aparente exterioridad del integrismo como movimiento social respecto al sistema político. Conviene cambiar estos factores por sus contrarios: insertar el integrismo en el juego político para mostrar su incapacidad para resolver la crisis social con un programa religioso simplista (someter la *sharia* a una auténtica crítica pública); mostrar que, como movimiento político, el integrismo tiene también una gran responsabilidad en la degradación de la situación social y que, por lo tanto, no está en el exterior del sistema al que fustiga; clarificar, finalmente, la relación entre Estado y religión al prohibir a todos —incluido el Estado— utilizar la religión como arma de legitimación política. Después, hay que apoyarse en una concepción clara de la República en materia cívica: el Estado debe sustraer la enseñanza pública a la influencia del clero, ya se trate del islam oficial o del integrismo, y, en consecuencia, remodelar los programas escolares hacia la secularización y la racionalidad intelectual.

Debe, finalmente, liberar a todas las fuerzas que son objetivo

directo de la prédica islamista. Liberar a las mujeres de su condición medieval aboliendo el Código del Estatuto Personal de 1984 (¡impuesto por el Estado!) y reforzando sus derechos en todos los terrenos (trabajo, educación, representación política...). Nunca se insistirá lo suficiente en el hecho de que la “cuestión” de las mujeres es central en la lucha contra el integrismo: pone en evidencia la quintaesencia de la visión radicalmente antiigualitaria y totalitaria —tan bien disimulada— del integrismo islámico. En una palabra: el Estado debe desencadenar una ofensiva total, no solamente, como sostenía el ex primer ministro argelino Redha Malek “utilizando el poder

público”, sino también, y sobre todo, emprendiendo un verdadero enfrentamiento cultural, una *kulturkampf* contra la intolerancia.

En la experiencia democrática de las sociedades musulmanas, Argelia es un caso extremo. Pero su ejemplo muestra claramente las contradicciones y aporías del Estado árabo-musulmán. Muestra también, y de la manera más dramática, que el integrismo no será vencido únicamente por la represión, sino por la lucha política, cultural y social, a condición de que, y esto es lo más importante, se clarifiquen los cimientos seculares del Estado. ◉

Sami Naïr